



UN INFORME DEL BANCO MUNDIAL

Ochocientos millones de pobres absolutos

ICHOCIENTOS millones de personas viven en estos momentos en la pobreza absoluta. Es la cifra que da —con carácter de aproximada— el Banco Mundial, en un informe que acaba de publicar sobre la situación del desarrollo en el mundo. La "pobreza absoluta" se define como imposibilidad de procurarse una nutrición adecuada y sin acceso a servicios públicos esenciales como la educación y la salud. No se considera posible que mejoren su situación en los próximos años. Ellos y sus sucesores están definitivamente condenados. Están concentrados en las zonas que se conoce, principalmente por este orden: Asia, África subsahariana, África del Norte, Oriente Medio y América Latina.

Simultáneamente se celebraba en Estambul la conferencia Norte-Sur para estudiar la situación actual de lo que hace cuatro años pretendió ser un "nuevo orden económico internacional" para resolver la situación de los subdesarrollados. Más que nuevo orden, hay un gran desorden, ha establecido el profesor sueco Goran Ohlin. Como anfitrión, el presidente del Gobierno turco, Ecevit, se ha dirigido en primer término a los reunidos y ha explicado así la situación de la pobreza: "Cada día está más claro que el mundo no puede encontrar una paz real, e incluso que los países más ricos o las capas más ricas de las sociedades desarrolladas no pueden entrever el porvenir con seguridad en tanto no hayan reducido los grandes desequilibrios entre las naciones. Toda tentativa para cambiar un orden existente se enfrenta inevitablemente con resistencias. Es imposible sobrepasar

este obstáculo en una economía mundial dominada y cortada pieza por pieza por los países desarrollados, por las sociedades multinacionales basadas en esos países y por las instituciones financieras internacionales colocadas bajo su influencia; imposible, a menos que se cumplan ciertas condiciones previas. Las multinacionales se llevan mal con la democracia, incluso en sus países de origen".

El Banco Mundial es, sin duda, una de esas instituciones internacionales bajo la influencia de los países ricos. El Banco Internacional para la Reconstrucción y el Desarrollo, fundado en 1944, aparece simultáneamente como una agencia de las Naciones Unidas y una organización independiente. Su sede está en Washington y su comité de dirección se compone por cinco miembros designados por los países que representan el mayor capital y cinco por todos los demás miembros. Tiene un presidente: es Robert McNamara. Un nombre difícil de olvidar. McNamara dirigió la acción norteamericana en el Vietnam —la guerra— desde 1961 a 1968, como secretario de Defensa; se le debe la reorganización de la Guardia Nacional, que intervino contra la nueva izquierda americana —los estudiantes, los negros—, y la creación del Strike Command; la respuesta nuclear a un posible ataque. Durante su cargo, se realizaron los peores bombardeos sobre Vietnam del Norte (McNamara, más tarde, estuvo contra ellos: los consideraba poco rentables). Antes de este cargo procedía de una empresa privada, de una gran multinacional: la Ford, de la que llegó a ser presidente. Cuando Johnson le separó del Pentágono, le pro-

porcionó un cargo de compensación: la presidencia del Banco Mundial.

Este informe del Banco Mundial, este informe McNamara, establece que todo lo que se ha hecho hasta ahora en favor de los países subdesarrollados es insuficiente, y ello por una razón: estos países no son capaces de acelerar su ritmo de crecimiento. Tendrán que hacerlo y tendrán que "resistir firmemente a las medidas proteccionistas que se ejercen contra sus exportaciones". En efecto, mientras el valor de las exportaciones de los países llamados púdicamente "en vías de desarrollo" —vías muertas, como sé: simplemente, países pobres— es de 26.000 millones de dólares, sus compras al exterior han ascendido a 123.000 millones de dólares. Los países ricos gravan las exportaciones que hacen de los países pobres, al mismo tiempo que mantienen sus precios bajos. El kilo de materia prima importada por los ricos tiende a bajar, el kilo de producto terminado que les venden tiende a subir. McNamara, sin embargo, no tiende a que estos países se industrialicen como era la tendencia en el pasado, sino a que revaloricen su agricultura. Es, en primer lugar, el remedio contra el hambre. En los países donde se encuentran la mayor parte de los que viven en estado de pobreza absoluta, más de tres cuartas partes de la población obtiene su subsistencia de la agricultura. "El mejor medio de aliviar la miseria es el de acelerar el crecimiento agrícola, aumentando la productividad para aumentar los ingresos y el poder de compra de los pequeños agricultores y de los agricultores marginales y creando

empleos para los campesinos sin tierras". El resultado, probablemente, sería la perpetuación de la división del mundo entre agricultores pobres e industriales ricos.

En todo caso, falta una verdadera definición de las razones del hambre y de la miseria en el mundo. Es curioso que desde los albores de la Humanidad suceda que, sea cual sea la producción del mundo, no hay bastante para todos, y la consecuencia es que unos, los que tienen fuerza para ello, se apoderan de los medios de subsistencia. La relación escasez-aumento de producción-aumento de población se mantiene de una manera continua. Es una organización mundial. De una manera vaga, para tranquilizar conciencias, se ha venido aplicando toda clase de filosofías, por parte de los ricos, para justificar la existencia de los pobres. Desde la explicación puritana y judía de que la riqueza es un don de Dios, que demuestra así cuáles son sus mejores hijos, hasta la católica inversa, que presenta a los pobres como unos privilegiados —de ellos será el reino de los cielos— con unas condiciones de beatitud superiores a las de los ricos y, por lo tanto, mucho más ricos con respecto a la vida eterna. Se ha querido explicar por la incapacidad de ciertas personas para prosperar, basándose en la filosofía científica de Darwin: la supervivencia del más fuerte, como selección natural. Y por el racismo: hay pueblos que no son capaces de prosperar.

Están apareciendo otras ideas. La primera es la de que no hay una división entre pobres y ricos, sino una función de relación absoluta entre ellos: los ricos producen pobres, que con su trabajo forzado y su explotación producen ricos. Aparece ya otra que puede apreciarse en el libro de Susa George "Cómo muere la otra mitad del mundo": el hambre es un arma. Ciertos pueblos imponen el hambre a otros, aun pudiendo aliviarlos, para someterlos mejor. Ciertas clases imponen el hambre a otras para poderlas explotar. El hambre se genera, se produce: no es una consecuencia. Fabrica beneficios, es un arma política y militar, un sistema de dominio.

Por eso tiene razón el Banco Mundial cuando explica que no hay posibilidad de que en los próximos denarios desaparezca la pobreza absoluta. En el mejor de los casos, dice, hacia el año 2000 habrá todavía 600 millones de personas en pobreza absoluta: lo cual es un éxito; teniendo en cuenta el crecimiento demográfico. ■